

**DISCURSO DEL
SR. BERND NIEHAUS, MINISTRO
DE RELACIONES EXTERIORES
DE COSTA RICA EN
LA VIII CONFERENCIA
MINISTERIAL DE SAN JOSÉ**

Lisboa, 24 y 25 de febrero de 1992

Señor Presidente:

Deseo, en primer término, expresar el agradecimiento de mi delegación por la cálida hospitalidad con que se nos ha recibido en esta ciudad hermosa y milenaria. Como iberoamericanos, los costarricenses nos sentimos profundamente complacidos de que la Octava Conferencia de San José tenga lugar en esta tierra de navegantes, que junto con España y el aporte aborigen y africano, forjó el nuevo mundo del que somos hijos y que está próximo a cumplir su quinto centenario.

Señores Ministros,
Señores Delegados,
Señoras y Señores:

Las rondas eurocentroamericanas de diálogo político y económico, nacieron hace ya casi ocho años, mientras la América Central sufría la más severa crisis de su atormentada historia. Convertida en un escenario más de la confrontación Este-Oeste, Centroamérica, después de decenios de dictadura e injusticia social, se hallaba envuelta en un sangriento conflicto interno, una guerra con su conciencia, que destruía de modo inmisericorde su presente y amenazaba su futuro. En tan sombría coyuntura, la presencia de la Europa Comunitaria, de la Europa Democrática, vino a ser un símbolo de esperanza y de cordura.

Pero la región centroamericana no se resignó a permanecer en tinieblas. Mediante el proceso de Esquipulas, y con el constructivo respaldo de países amigos y organismos internacionales,

Centroamérica asumió la conducción de una marcha hacia la paz y la democracia que poco a poco fue dando fruto. La libre elección de los gobernantes, logró consagrarse como única vía legítima para ascender al poder. Concluyó el conflicto que ensangrentaba a Nicaragua. Se avanzó en el proceso de reconciliación. Conforme se tornaron realidad la distensión mundial y la liquidación de la guerra fría, la América Central dejó también de ser teatro de pugnas ajenas. Recientemente, la feliz culminación de la perseverante labor de diálogo y negociación en El Salvador, puso fin a la lucha armada y llenó de regocijo a la comunidad de las naciones. El plan de paz total del presidente Jorge Serrano augura que pronto se logrará asimismo resolver el problema interno de Guatemala. Todo ello ha significado para Centroamérica, además, la posibilidad de replantear y dinamizar sus estructuras de integración, como lo reveló la reunión presidencial celebrada en Honduras, en diciembre de 1992, donde las siete democracias centroamericanas dieron fe de su voluntad de construir un futuro común. La región también ha incrementado su proyección internacional, al ingresar al Grupo de Río y abrir el diálogo con las naciones del Caribe.

Sin embargo, la solución de los más angustiantes problemas políticos y de seguridad no significa, como algunos pretenden, que todo esté arreglado en la América Central. En la Centroamérica de las dictaduras y en la Centroamérica de la crisis, había injusticia, miseria, marginación y subdesarrollo; en la Centroamérica de la paz, no sólo las sigue habiendo, sino que se ha agudiza-

do como consecuencia del prolongado conflicto. Como es natural, esta situación incide directa y negativamente sobre las perspectivas de la consolidación democrática en la región.

En el último decenio, la democracia ha recuperado espacios de un modo espectacular y sin precedentes, no sólo en Centroamérica, sino en América Latina; no sólo en América Latina, sino en todo el mundo. Ahora bien, no debemos pecar de ingenuidad: la fortaleza de la democracia no sólo debe residir en el aspecto de celebrar comicios periódicos y pluripartidistas, sino sobre todo en ofrecer a los que la viven y practican una vida digna, sin temores ni desesperanzas, con amplios horizontes de libertad pero también de progreso económico y desarrollo social y espiritual. Aún es prematuro pensar que no habrá vuelta atrás. El fantasma del totalitarismo aún acecha y no perderá oportunidad para recobrar sus antiguos señoríos. La repudiable asonada, ocurrida hace sólo unas semanas en Venezuela —especialmente dolorosa para Costa Rica, por la hermandad que nos une a ese país y el efecto y el respeto que nos inspira el presidente Carlos Andrés Pérez— ha sido una tremenda llamada de atención. La fragilidad de la democracia latinoamericana debe ser un motivo de inquietud para la comunidad internacional, y superarla el afán de todos. Y es que el esfuerzo de los demócratas de América Latina puede resultar estéril, si no recibe la solidaridad vigorosa del mundo desarrollado. En el caso de Centroamérica, con una historia de convulsión demasiado reciente y demasiado cruenta, y con una economía particularmente débil, la

importancia de esa solidaridad es decisiva para el futuro de la democracia y el mantenimiento de la paz.

En los albores de las rondas San José, el interés de la Europa comunitaria por ayudar a Centroamérica se proyectó de modo prioritario en el campo político, como lo requería la región. Sentimos la preocupación de Europa, porque Centroamérica pudiese construir sin injerencias la paz firme y duradera cimentada en la democracia y el respeto a los derechos humanos. Consecuentemente, el respaldo financiero eurocomunitario, privilegió aspectos políticamente sensibles, entre los que cabe recordar, por ejemplo, el problema de los refugiados, el desarrollo de regiones fronterizas y la reactivación del sistema regional de pagos. Creo que todos coincidiremos en que este respaldo contribuyó de modo importante a aliviar nuestras dificultades en momentos particularmente duros.

En la actualidad, ante los cambios experimentados por la realidad política de la América Central, nuestro objetivo debe ser el transformar positivamente, también, su realidad económica y social. Hay en las naciones del área una clara decisión en ese sentido. Hemos avanzado en el rumbo de la liberalización comercial y alcanzado satisfactorios entendimientos en esa materia con Colombia, México, Venezuela, Canadá y Estados Unidos de América. A nivel interno, y a pesar del elevado costo social que aparejan, se han puesto en ejecución severos programas de ajuste y se ha destacado la necesidad de continuar en la privatización de ciertos sectores de la economía. Sin embargo, preciso es reconocerlo, ni el logro de la paz, ni los empeños realizados en materia económica y comercial han repercutido en una reducción tangible y sustancial de los niveles de subdesarrollo que caracterizan a los países centroamericanos. Los indicadores económicos y sociales de la re-



**Bernd Niehaus,
Ministro de Relaciones Exteriores
de Costa Rica**

gión siguen siendo dramáticos, y la brecha tecnológica hace que cada vez nos alejemos más del mundo desarrollado, con todas las lamentables consecuencias que eso conlleva.

Para el futuro de Centroamérica, es fundamental que el cambio en la realidad regional conlleve también un cambio cualitativo en la atención del mundo hacia sus problemas. La Centroamérica de la sangre y de la pólvora era tema obligado de referencia, en la agenda política internacional. No es ético, ni razonable, que la Centroamérica de la libertad y de la reconciliación, no pueda también encontrar un lugar preferente en la agenda de la cooperación internacional. La democracia y la paz en Centroamérica responden a una sincera vocación y una firme voluntad de sus pueblos; pero no carecen de enemigos. La debilidad económica y social de nuestros países alimenta a estos adversarios independientemente de sus motivaciones o de sus signos-ideológicos, la derrota definitiva de tales antagonistas de la democracia centroamericana sólo

será posible mediante un ejercicio efectivo de solidaridad y cooperación. Para vencer a esos adversarios debe existir un firme compromiso de todos los que en el mundo compartimos valores y principios y tenemos fe en su efectividad. La democracia y la paz no son ya asuntos de interés exclusivamente nacional o regional, porque dondequiera que se ven amenazadas, se pone en juego, en mayor o menor grado, la democracia y la paz de todas las naciones, como nos lo ha enseñado reiteradamente la historia de América y de Europa.

Las labores desarrolladas desde abril de 1991 por la Asociación para la Democracia y el Desarrollo de la América Central (ADD), en la que participa la Europa comunitaria, representan una vigorosa manifestación de ese compromiso. Igualmente, resulta sumamente positivo para la región, la puesta en marcha del Programa de Apoyo al Desarrollo y la Integración de Centroamérica (PRADIC) por parte del Banco Interamericano de Desarrollo, en la cual la Comunidad Europea podrá jugar un valioso e importante papel.

A la vez, consideramos de vital importancia, vincular de manera permanente la cooperación europea a la región, mediante la pronta incorporación de los países de la Comunidad al Banco Centroamericano de Integración Económica, como socios.

La extensión a las naciones centroamericanas de las preferencias arancelarias otorgadas a países andinos puso de relieve, que en la Comunidad Europea existe comprensión para nuestros problemas y deseo de ayudarnos a resolverlos.

Esta actitud compromete la gratitud de Centroamérica. Pero también espera la región encontrar en Europa una mayor disposición para admitir productos centroamericanos en sus mercados y contribuir de ese modo a elevar

nuestros niveles de intercambio. Los centroamericanos confiamos en que el esfuerzo que estamos haciendo por reconstruir nuestras sociedades y ordenar nuestras economías, sabrá reconocerse, mediante una progresiva disipación de las medidas proteccionistas existentes en los países comunitarios. Este tipo de restricciones afecta de manera muy incisiva sectores fundamentales de la producción centroamericana. El proteccionismo, hoy imperante, es especialmente gravoso para nuestros países en lo que se refiere al mercado del café y del banano, cultivos de los que dependen la vida de muchos miles de familias centroamericanas de escasos recursos. A este respecto, quisiéramos expresar nuestra esperanza de que en breve se logren en la organización internacional del café, acuerdos para definir un sistema de cuotas, así como de que en la Ronda Uruguay, al seno de la mesa de productos agrícolas tropicales, se logren solucionar satisfactoriamente los problemas que para Centroamérica representa la comercialización de su producción bananera.

A pesar de su variada raíz étnica y de su rica herencia autóctona, en sus valores democráticos Centroamérica es hija de Europa. Hija del generoso movimiento que desde el siglo XVIII hizo de Europa, luminoso volcán de libertades. Por ello Centroamérica hoy anhela que Europa esté a su lado. Sabemos los centroamericanos que no somos unigénitos; que el respaldo europeo es también importante para muchos otros pueblos vinculados con este continente, algunos de los cuales, experimentan necesidades aún más apremiantes que las nuestras, cuya satisfacción se procura atender mediante instrumentos como los acuerdos de Lomé, pero Centroamérica sí espera que la Europa comunitaria sepa también ser receptiva a su demanda de un trato especial y diferenciado, congruente con las caracte-

rísticas y las necesidades de Centroamérica y con el esfuerzo que hemos venido realizando los centroamericanos para que en nuestra tierra brillen también perennemente los ideales de libertad, democracia y justicia que han inspirado el empeño comunitario europeo.

Centroamérica sigue en su lucha por un futuro mejor. Sin embargo, mientras superamos desafíos tradicionales, surgen otros nuevos, que hemos de enfrentar, con idéntica decisión y profundo sentido de la construcción histórica. Uno de ellos lo constituye el esfuerzo por la limitación de armamentos en la región. Los avances en el proceso de pacificación y democratización deben irse reflejando, cada vez con mayor firmeza, en la disminución de los niveles de armamentismo y del gasto militar. Si quiere perdurar, la Centroamérica de paz no puede gastar en armas igual que la Centroamérica de la violencia. A este respecto, Costa Rica cree que, en la medida de sus posibilidades y sus circunstancias, los países centroamericanos podrán avanzar decididamente en esa dirección.

Con similar espíritu de responsabilidad, los centroamericanos debemos asumir el deber de preservar el medio ambiente y detener el deterioro ecológico de la región. Para Costa Rica, cuyo gobierno ha insistido en la necesidad de configurar un nuevo orden ecológico de cooperación internacional, no puede postergarse esta tarea, sin amenazar el futuro de nuestros hijos. La celebración de la Conferencia de Río de Janeiro, en el próximo junio, ofrece una oportunidad singular para que todos los países, desarrollados y subdesarrollados, sentemos las bases de una conjunta tarea, para rescatar el mundo y garantizar la supervivencia de la especie. Al respecto, deseo mencionar, que Costa Rica ha propuesto la creación de un Consejo para la Tierra, integrado por especialis-

tas y expertos en esa materia, con el fin de dar seguimiento a los esfuerzos internacionales, en defensa de la ecología y colaborar en su desarrollo. Esta iniciativa ha encontrado unánime respaldo en todos los países de Centroamérica, y el apoyo de Europa sería decisivo para su éxito.

Señoras y señores:

El año que transcurre presencié los acuerdos de Maastricht, que significan un cambio trascendental en la historia de Europa. La Europa de 1992, construida sobre sólidas bases de hermandad e idénticos sentimientos de respeto a la libertad y a los derechos fundamentales del hombre, se ha colocado ya en la vanguardia que espera el tercer milenio.

Este año conmemoraremos el encuentro de la Europa y la América del siglo XV, encuentro que cambió la faz de la tierra y la historia de todos los pueblos del mundo. Europeos y centroamericanos hemos de saludar este aniversario con espíritu de fraternidad y de cooperación. Para Centroamérica, el aniversario de esa prodigiosa aventura histórica, debe ser también el año de su pleno renacimiento. Renacimiento a la paz duradera en todos los rincones del istmo. Renacimiento al respeto efectivo de los derechos humanos, en todas sus proyecciones. Renacimiento al progreso, a la libertad y a la prosperidad. Renacimiento a la integración y al destino compartido. Con el apoyo de Europa, los centroamericanos sabremos hacer realidad ese sueño del poeta y humanista salvadoreño Francisco Gavidia, de levantar en paz el grande hogar de Centroamérica, madre, santa patria inmortal.

Muchas gracias